

## ELOGIO DEL AFUERA Lo urbano como sociedad sin asiento

**Manuel Delgado**

Universitat de Barcelona

### 1. *¿Hay vida más allá de donde uno vive?*

Uno vive en su casa. Es decir, vive en un lugar construido, con paredes, techo, ventanas y puerta, al que no en vano llamamos vivienda o espacio para vivir, dando a entender de algún modo que lo que uno encuentra fuera de ella no es exactamente vida. Y es que es bien cierto que –como Richard Sennett nos ha mostrado en alguno de sus mejores trabajos–<sup>1</sup> ese hogar en que se espera que se convierta una vivienda es el lugar de las certidumbres que, a partir de cierto momento del siglo XIX, se levanta contra el temblor crónico de la vida pública, una vida de la que se repite que, en efecto, no es del todo vida, hasta tal punto está marcada por la frialdad, el interés y la desorientación moral. En cambio, frente a esa perspectiva que inventa el hogar y maligniza el espacio que lo rodea –y que se concibe casi como acechándolo–, aparecen, en ese mismo momento, otras visiones que hacen el elogio de la experiencia exterior, esto es de la vida fuera de la vivienda, a la intemperie de un espacio urbano convertido en una dinamo de sensaciones y experiencias.<sup>2</sup>

Una de las muestras de esa sensibilidad positiva ante las vivencias ajenas a la vivienda la encontramos en un relato corto de Franz Kafka. En él se expresa de manera inmejorable el contraste entre la experiencia del adentro y la del afuera en la sociedad urbana contemporánea, es decir entre las formas de vivir que se espera que caractericen el interior hogareño y los estilos de conducta individual y colectiva que se dan preferentemente en la extensión que uno se encuentra luego de haber llevado a cabo la elemental operación de cruzar la puerta para salir de la propia casa. Su título es “El paseo repentino” y es tan breve que se aceptará como pertinente su reproducción casi íntegra:

Cuando uno parece haberse decidido definitivamente a pasar la velada en su casa, cuando se ha puesto la chaqueta de entrecasa, se ha sentado después de la cena frente a la mesa iluminada, y ha comenzado algún trabajo o algún juego, después del cual podrá irse tranquilamente a la cama, como de costumbre; cuando afuera hace mal tiempo, y quedarse en casa parece lo más natural; cuando ya hace tanto tiempo que uno está sentado junto a la mesa que el mero hecho de salir provocaría la sorpresa general; cuando además el vestíbulo está a oscuras y la puerta de la calle con cerrojo;

---

<sup>1</sup> Por ejemplo, Richard Sennett, *Vida urbana e identidad personal*, Península, Barcelona, 1977, o *El declive del hombre público*, Península, Barcelona, 2001.

<sup>2</sup> Una visión en panorámica de ese tipo de sensibilidad ante la vida en la calle que trae consigo el advenimiento de la modernidad urbana nos la ofrece Mashall Berman en su clásico fundamental *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, FCE, México, 1991.

y cuando a pesar de todo uno se levanta, presa de repentina inquietud, se quita la chaqueta, se viste con ropa de calle, explica que se ve obligado a salir, y después de una breve despedida sale, cerrando con mayor o menor estrépito la puerta de calle, según el grado de ira que uno cree haber provocado; cuando uno se encuentra en la calle, y ve que sus miembros responden con singular agilidad a esa inesperada libertad que se les ha concedido; cuando gracias a esta decisión uno siente reunidas en sí todas las posibilidades de decisión; cuando uno comprende con más claridad que de costumbre que posee más poder que necesidad de provocar y soportar con facilidad los más rápidos cambios, y cuando uno recorre así las largas calles; entonces, por una noche, uno se ha separado completamente de su familia, que se desvanece en la nada, y convertido en una silueta vigorosa y de atrevidos y negros trazos, que se golpea los muslos con la mano, adquiere su verdadera imagen y estatura.<sup>3</sup>

En ese pequeño texto Kafka es capaz de transmitirnos el contraste radical entre una vivencia de lo cierto y confiable que uno puede encontrar sólo en su domicilio, del que de pronto se deserta, y otra vivencia distinta, mucho más incierta, a la que no le podría corresponder morada alguna. Arrebatado por una atracción que lo abduce hacia afuera, el padre de familia dimitte de su lugar estable en una institución primaria –la familia, cuya sede natural es la vivienda devenida hogar– y se pierde, de noche, por las calles. Esa contraposición entre las experiencias del *dentro* y del *afuera* ayuda a entender la ciudad bajo dos perspectivas distintas: la que la contempla como lugar de implantación de grupos sociales –entre ellos la propia familia, pero también el grupo étnico, la corporación profesional, la confesión religiosa, la asociación civil, el club de amigos, etc.– y la que la reconoce como esfera de los desplazamientos. En el primer caso, los segmentos sociales agrupados de manera más o menos orgánica pueden percibirse como unidades discretas, cada una de las cuales requiere y posee una localización, una dirección, es decir un marco estabilizado y ubicado con claridad, una radicación estable en el plano de la ciudad. Ese lugar edificado en que se ubican los segmentos sociales cristalizados de cualquier especie contrasta con ese otro ámbito de los discurrirres en que también consiste la ciudad y cuyo protagonismo corresponde plenamente al viandante y a las coaliciones momentáneas en que se va viendo involucrado –nunca mejor dicho– *sobre la marcha*. Si el grupo social *tiene* una dirección, un sitio, el transeúnte *es* una dirección, es decir un rumbo, o, mejor dicho, un haz de diagramas que no hacen otra cosa que traspasar de un lado a otro no importa qué trama urbana.

Lo que distingue a la ciudad de las implantaciones de la los desplazamientos<sup>4</sup> –la primera sometida a una lógica de territorios, la segunda a una de superficies–<sup>5</sup> es el tipo de sociabilidad que prima en cada una de ellas. Los colectivos interiores están formados por conocidos, a veces por conocidos

---

<sup>3</sup> Franz Kafka, "El paseo repentino", en *Narrativa Completa*, Seix Barral, Barcelona, 1988, vol. I, pp. 258-259.

<sup>4</sup> Joan Stavo-Debaugue, "L'indifférence du passant qui se meut. Les ancrages du résident qui s'émeut", en Daniel Cefaï y Dominique Pasquier, eds., *Le sens du public*, PUF, París, 2003, pp. 346-371.

<sup>5</sup> Jean-Simon Bordreuil, "La ville desserrée". A T. Paquot, M. Lussault y S. Body-Gendrot, eds., *Les villes et l'urbaine. L'état des savoirs*, La Découverte, París, 1998.

profundos; los exteriores, en cambio, los constituyen desconocidos totales o relativos. Eso implica el despliegue de códigos de relación del todo distintos en un escenario y el otro. Se da por supuesto que cualquier forma de entidad colectiva que establezca un lugar en la ciudad en que existir en tanto que tal –una sede social, un número en una calle– puede exigirle a sus componentes un grado variable de firmeza, es decir un compromiso de conducta leal en relación con los postulados en que la asociación reunida o reunible bajo techo se funda. Los miembros del grupo social avencidado tienen entre sí una deuda mutua de franqueza a la que los viandantes que mantienen entre sí relaciones deslocalizadas y efímeras no están ni remotamente obligados. En eso consiste la singularidad del vínculo social que caracteriza la vida en exteriores urbanos: en que está hecho de una mezcla de extrañamiento y aversión entre masas corpóreas que se pasan el tiempo expuestas a la mirada ajena y que se protegen como pueden unas de otras mediante diversas capas de anonimato. Una sociedad sin asiento, hecha de cuerpos que se esquivan y miradas que se rehuyen, en paisajes que son siempre pasajes. Ese tipo de relación basada en el distanciamiento y la reserva puede conocer, no obstante, desarrollos imprevistos, desencadenar encuentros inopinados, experimentar sorpresas y turbulencias, en un espacio abierto y disponible para que actúe sobre él la labor incansable del azar.

Planteándolo en otros términos. De un lado, formas de vida social dotadas de sede, cuyos actores principales son colectivos humanos percibidos como unidades exentas y dotadas de algún tipo de congruencia, que podían remitir su existencia como amalgamas estables a un punto más o menos fijo en el mapa de la ciudad. Es decir, entidades cristalizadas constituidas por conocidos entre sí, socios –sentimentales, deportivos, religiosos, estéticos, políticos, corporativos, vecinales, etc.–, cuya conducta recíproca está regulada por códigos en mayor o menor medida institucionalizados. Del otro, formas de vida social no asentadas que tienen lugar en los afueras, incluyendo aquellos interiores contruidos que funcionan como corredores o estancias y que convocan para funcionar la lógica de la calle o de la plaza: pasillos del metro, vestíbulos o salas de espera, lugares semipúblicos dedicados al ocio y al encuentro, centros comerciales... En esos contextos superficiales –en el sentido de que se dan en la superficie y que por ellos sólo cabe deslizarse–, la seguridad que ampara ciertas relaciones humanas supuestamente más profundas se debilita y los códigos más sólidos pierden eficacia organizadora y descubren su vulnerabilidad o su reversibilidad.

A los individuos y a las agrupaciones humanas que uno puede contemplar desplegando su actividad hormigueante en los espacios exteriores y accesibles de cualquier ciudad solemos llamarles *gente*. En tanto que unidad societaria, la gente –del paseante o la pareja solitarios a los tumultos de masas– no tiene nada que ver con esas comunidades territorializadas identificadas o identificables de las que los modelos serían la familia, la nación o la tribu. Frente a cualquier modalidad de corporación humana atrincherable, los individuos que conforman esa unidad social nómada e inestable –la gente–, y que son transeúntes o coaliciones de transeúntes, se escabullen de cualquier catalogación clara y parecen vivir una experiencia masiva de la desafiliación cultural. Frente a la simplicidad existencial que debe caracterizar la experiencia

en el *adentro* techado, en el *afuera*, a la intemperie, los grupos ven disuelta su congruencia y los individuos han de someterse a altísimos niveles de indeterminación. En efecto, en el exterior se puede contemplar cómo se hacen y deshacen constantemente asociaciones humanas espontáneas, en tanto es un extraordinario dispositivo de sobreentendidos y acuerdos tácitos lo que la hace posible. Lo que singulariza esas configuraciones sociales *extrañadas* –en el sentido de protagonizadas por extraños entre sí y de que aparecen en todo momento abiertas al asombro– es su fluidez, así como las interrupciones e irrupciones que no dejan nunca de afectarlas. En ese ámbito de la distorsión y del desplazamiento, la cultura –entendida como forma que adoptan las relaciones sociales– la conforman convenciones estandarizadas –“buenas maneras”– que no tardan en demostrarse ejes para la convivencia entre desconocidos, o, lo que es igual, para esa forma de vida estructurada por la movilidad a la que damos en llamar *urbana*.

## 2. Desconocidos en acción

Se ha dado por supuesto que el *afuera* debía limitarse a funcionar como mero pasillo o antesala entre construcciones, al servicio de individuos que sólo podían emplearlo para cambiar de seno edificado y, por tanto, para transitar entre puntos no sólo físicamente, sino también moralmente ciertos y seguros. Ajena e incluso contraria a lo que cada cual supone su propia verdad fundamental, en la vida cotidiana de ahí fuera –fuera de la casa, en las calles– se entrecruzan interminablemente seres que escamotean su interioridad y que, arrancadas o disimuladas sus raíces, reclaman ser tenidos en cuenta o ignorados no en función de lo que realmente son o creen ser, sino de lo que parecen o esperan parecer. Son máscaras que son sólo lo que hacen y lo que les sucede. Tal negociación constante entre apariencias hace de los actores de la vida pública una suerte de exhibicionistas, cuyo objetivo es mostrarse en todo momento a la altura de las situaciones por las que van atravesando. Su meta no es conocer, ni comprender, sino resultar adecuados, afirmarse competentes, hacerse aceptables, saberse el papel, convencernos de la pertinencia de sus gestos, de sus respuestas y de sus iniciativas. Se evalúa, ante todo, su capacidad para adaptarse al medio o para intentar modificarlo, usando para ello la manipulación de las impresiones, la astucia, la ambigüedad, las medias verdades. Ese sujeto no es un sujeto, sino el objeto de aquel otro con quien pacta las accesibilidades, los compromisos, las luchas o las indiferencias. Cada acontecimiento de ese ahí fuera, cada una de sus secuencias es, entonces, un universo social en miniatura.<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> Existe un texto precioso de José Luis Pardo que describe bien ese raro mineral de que está hecha y a la vez produce la sociedad de las aceras. Se trata de un pie de página en *Las formas de la exterioridad* (Pre-textos, Valencia, 1992, pp. 17-18) en que, entre otras lucideces, se puede leer: “¿Qué es la calle sino un espacio peculiar, con sus velocidades e intensidades, dibujadas en una ley secreta que dormita entre los objetos y en el mutismo plástico-motriz de los viandantes? Todas esas significaciones ambulantes que decoran el paisaje artificial se convierten en objetos sentidos unos por otros, interpretados unos por otros en una sinfonía de

Se habla, pues, de una ininterrumpida corriente de sociabilidad dispersa, colectividad difusa hecha de formas mínimas de interconocimiento y en la que actúa una autogestión de usos y perspectivas plurales, una reciprocidad generalizada que entrelaza los encuentros y los evitamientos. Tales formas específicas de síntesis social que conocen los espacios públicos están traspasadas en todo momento por energías y por el tiempo, hechas en cierta manera por esas energías y ese tiempo. Ahora bien, el espacio, el tiempo y la energía tomados de forma aislada no son nada, sólo abstracciones. Su sentido y su valor surgen cuando una actividad los reúne y los vivifica, cuando se conjuran para provocar esos mismos acontecimientos que los provocan. En ese escenario hecho sólo de singladuras recorridas y que, por tanto, se opone conceptualmente a cualquier enclave, se despliegan las actividades configurantes y los lenguajes naturales de seres entregados a una dinámica de relaciones múltiples sometidas a leyes internas imperceptibles apenas a primera vista y en las que la superficialidad se ve redimida por la densidad. La coexistencia ahí no se basa en ninguna forma de autenticidad, puesto que la hace posible un juego ininterrumpido de distanciamientos deliberados, acuerdos mecánicos, breves entrecruzamientos cuyos contenidos pueden ser saludos o conversaciones mínimas, todo lo cual presume un conocimiento mutuo escaso o inexistente y hace que el actor social tenga que ir seleccionando recursos de sociabilidad mínima para hacer frente a cada una de las contingencias sociales en que se ve momentáneamente comprometido.<sup>7</sup>

Los actores de la vida social en exteriores urbanos saben que en ellos poco o nada hay de consistente, que no tienen motivos para fiarse de aquellos de quienes apenas conocen algo más que su apariencia. El vínculo entre ellos lo hace posible un orden público —el orden de las relaciones en público— que debe recibir constantemente pruebas de la voluntad de los concurrentes en acatarlo, al tiempo que éstos se encargan de mantener a raya las constantes amenazas de disolución o desviación que lo acechan. Pero esa tarea nunca tiene garantizado el éxito. Es más, los participantes en ese trajín de circulación y comunicación pueden recibir, de pronto, la constancia de hasta qué punto es ilusoria la impresión de que existe realmente un orden social del todo a salvo de la presión permanente de energías que lo harían estallar en cualquier momento. Para ello, la labor de la interacción entre desconocidos y semidesconocidos consiste en gran medida en un esfuerzo denodado de los actantes por “mantener” o “salvar la cara”, a base de adaptarse y readaptarse constantemente a un flujo ininterrumpido de avatares, reproduciendo los esquemas de conducta que los hacen inteligibles y previsibles para los demás y, por tanto, aceptables. Ese trabajo que se desarrolla en gran medida *en hueco*, sin la protección estructuradora de las instituciones primarias a pleno funcionamiento, está afectado por un desequilibrio endémico y se ve distorsionado constantemente por todo tipo de perturbaciones.

Lo que caracteriza las dramaturgias de la vida pública es que, a diferen-

---

lugares laberínticos y efemérides estéticas, textura fútil que es la materia misma de la que están hechos, en su irrompible fragilidad, los espacios en que vivimos”.

<sup>7</sup> Así lo constatan y lo teorizan trabajos como el de Michele de la Pradelle sobre las prácticas de consumo en un mercado: “Société du spectacle, approvisionnement, marchés et échanges”. *Les Annales de la Recherche Urbain*, (marzo 1998): 38-46

cia de lo que pasa en los contextos sociales plenamente estructurados del *adentro* construido –cuyo paradigma es sin duda la vivienda–, la cohesión que permite vivir juntos no viene dada por roles o *status* fijados en el organigrama social, sino por una ambigüedad crónica y generalizada por lo que hace a quién es quién y qué cabe esperar de cada cual. El esfuerzo por definir y redefinir de manera continua las situaciones y por ir elaborando al paso el juego de adaptaciones, réplicas, justificaciones, sobreentendidos, excusas, etc., hace que lo que se desarrolla afuera sea, en efecto –y como tantas veces se ha dicho de la vida social en general–, un puro teatro. Ahora bien, en la obra que en ese teatro se representa los personajes se pasan el tiempo no tanto buscando un autor –a la manera como ocurre en el célebre drama de Pirandello– sino intentando encontrar el libreto, la ayuda de un inexistente apuntador, un hilo argumental que justifique y mantenga la copresencia. Esas enormes inyecciones de ambivalencia que recibe la relación social entre desconocidos totales o conocidos relativos se traduce en un automatismo social en que la dimensión acontecimental o emergente prima sobre la estabilidad estructural.

En ese proscenio social que es el afuera, el espacio es tenido por un recurso valioso, en el que los concurrentes buscan y encuentran un lugar que consideran provisionalmente propio. Ese espacio exterior está dividido en tantos espacios privados como concurrentes hay presentes. La calle y la plaza son esferas para prácticas y de saberes específicos y requieren el conocimiento del sistema en vigor que lo rige. El espacio exterior a la vivienda no es una sustancia territorial, ni posee propiedades inmanentes, sino que es una organización singular de la coexistencia que emana de una especie de medio ambiente comportamental. No es un objeto conceptual, sino una infraestructura práctica en que se desarrollan una multitud de actividades moleculares, que van del conflicto a la ironía. Es a partir de ciertas operaciones, de ciertos procedimientos, de ciertas acciones y relaciones –y no de ningún discurso o proyecto– que surge ahí fuera un determinado orden social. Ese orden local observable está hecho de conductas relativamente pronosticables, que resultan comprensibles o cuanto menos intuibles para quienes lo constituyen momentáneamente. En principio se espera que esas conductas sean rutinarias, triviales, no conflictivas, pero pueden conocer –y conocen constantemente– todo tipo de impugnaciones, sacudidas, transgresiones y reclamaciones, en las que nunca se pierde de vista el fin último de la mutua aceptabilidad y el requisito elemental de una mínima inteligibilidad escénica.<sup>8</sup>

La clave ahí está siempre en los dinteles de visibilización máxima, exposición a y en un mundo en que todo lo que está presente se da a mirar, ver, observar desde una mirada por definición móvil, ejercida durante y gracias a la locomoción y el desplazamiento. En cuanto uno se aparta del refugio que suponen las paredes de la vivienda o de cualquier otra sede, sabe que penetra en una dimensión en que sentir y moverse resultan sinónimos, en un espacio de corporeidad literal, espacio para inteligibilidad, la comunicación en todas direcciones y la acción.<sup>9</sup> En esa marco cuenta, ante todo, lo perceptible a primera

---

<sup>8</sup> Cf. Grégoire Chelkoff y Jean-Paul Thibaud. "L'espace public, modes sensibles. Le regard sur la ville". *Les Annales de la Recherche Urbaine*, 57-58 (1992): 6-15.

<sup>9</sup> Cf. Louis Quéré y D. Brezger, "L'étrangeté mutuelle des passants". *Les Annales de la Recherche Urbaine*, 57-58 (1992): 89-100

vista o de reojo, lo intuido o lo insinuado mucho más que lo sabido. Consenso de apariencias y apreciaciones que da pie a una construcción social de la realidad cuyos materiales son comportamientos observables y observados, un flujo de conductas basadas en la movilidad. Lo que configura el ahí afuera urbano no tiene propiamente características ni objetivas ni subjetivas, sino más bien ecológicas, puesto que son configuraciones materiales y sensibles –acústicas, lumínicas, térmicas–, algunas de las cuales son permanentes –ya estaban ahí, predisuestas por y para el plan–, pero otras muchas son mutantes. De estas últimas algunas son naturales, como las que resultan de los cambios horarios, estacionales, meteorológicos. Otras, en cambio, son producidas por las actividades ordinarias –los ires y venires cotidianos– o excepcionales –fiestas, manifestaciones, revueltas, incidentes, accidentes– que transcurren –al pie de la letra– en la calle. Buena parte de esas actividades son previsibles y confirman la bondad del diseño previo del que un determinado afuera aparenta a veces ser el resultado. Otras, por contra, parecen desmentir la posibilidad misma de proyectar un espacio violentado a cada momento por todo tipo de eventualidades.

En ese escenario inestable nadie es del todo indescifrable, al mismo tiempo que todos los presentes reciben el derecho a encontrar en su propia banalidad un refugio para sus verdades. La identidad de cada cual es, para quiera escrutarla, al mismo tiempo una evidencia y una intriga. Allí una inteligencia colectiva y secreta urde sus tramas de cooperación instantánea, en regiones de significación de fronteras difusas, entre pequeños dramas particulares, que requieren para cada caso el concurso de recursos prácticos y cognitivos constituidos para la ocasión. Ese espacio exterior lo es de la aceleración máxima de las reciprocidades y de la multiplicidad de actores y de acciones; región abierta en la que cada cual está con individuos que han devenido, aunque sólo sea un segundo, sus semejantes. Ámbito de interacciones instantáneas, en que se percibe una alteridad difusa y se debe uno mantener atento a cumplir un mínimo código de circulación, que asegure la buena fluidez de las relaciones, que sostenga los ritmos y las gravitaciones, que las mantenga siempre por encima de una invisible pero omnipresente línea de flotación, que prevenga cualquier exceso, cualquier contratiempo. Un orden oscilante.

### *3. Un espacio entre espacios*

Los seres de la calle atraviesan un campo de pura visibilidad. Cuando lo hacen, no se limitan a mirar enfrente sino a un lado y a otro, teniendo en cuenta en todo momento a los demás y a su apariencia, su posicionamiento espacial, sus trayectorias... Quienes han acudido ha personarse ahí fuera conceptualizan y son conceptualizados a partir de su aspecto y su actitud, manejan un rico repertorio de categorías que clasifican a quiénes comparten ese mismo espacio en función de diferentes tipos de criterios: ánimo, origen, adscripción ideológica, estado físico, peligrosidad, velocidad... La copresentación y la coorientación se establecen entonces –y siempre visualmente; a veces también haciendo entrar en juego otros sentidos– de diferentes maneras, que incluyen

no sólo el aspecto general, sino movimientos corporales a veces mínimos. Se trata de empleos del cuerpo para, a la manera de las advertencias o *displays* de intención de los que habla la etología, dar públicamente pruebas de una predisposición, de la intención de hacer o de no hacer alguna cosa. Así, la visibilidad es un aspecto crucial del carácter sensible del exterior. El intercambio o el ajuste de miradas puede establecer cambios en la participación o suscitar reacciones en los copresentes. Existen orientaciones visuales múltiples. Atención ampliada de la que dependen convenciones informales pero no obstante obligatorias y autoadministradas desde el interior. Los participantes en esos espacios públicos son visualizadores o vigías de ese espacio culturalmente competentes, capaces de coorganizar entre todos un campo de actividades coordinadas y un universo perceptivo y sensible comportado y regido por un cierto sentido común

Contrastando con la verdad estructural que debe presidir las relaciones en el seno del hogar o de sus sucedáneos, el sentido común práctico que organiza el exterior genera microunidades sociales de índole situacional y reguladas por normas endógenas, formas de cooperación automática entre cuerpos y apariencias. ¿Cómo es posible esa vida urbana, entendida como práctica y organización de los trayectos-sucesos, del puro y mero *acaecer*, cuyo escenario es la calle, lejos y en buena medida de espaldas a la actividad institucional que tiene lugar en el interior de los contextos construidos que la flanquean?

En el exterior urbano –que viene a ser como una especie de líquido amniótico– los concurrentes buscan y encuentran lugares provisionales que consideran propios en tanto que apropiados. Ese espacio moviente, como posibilidad pura de juntar que es, está dividido en tantos espacios como presentes o grupos de presentes. Es, por tanto, patrimonio no de quién lo posee, sino de quien lo ocupa para usarlo y sólo en tanto lo usa, puesto que allí la propiedad es –o debería ser– inconcebible y sólo se da como una dinámica infinita de colonizaciones transitorias. Se habla de una esfera de y para prácticas y saberes específicos, al servicio de una organización singular de la coexistencia basada en la carencia de lugar.

En la vivienda se vive, en efecto. Buena parte de lo que más importa tiene lugar en su seno. En la vivienda uno puede realizar el derecho que le asiste a tener una vida privada, intimidad, refugio físico y moral, lugar para la higiene, el descanso, el ocio, la sexualidad, la cocina... No se espera que fuera, en el exterior que hay que atravesar para ir de un volumen edificado a otro, tengan lugar cosas realmente importantes. Mero lugar de paso, con lo que allí se da es con una infraestructura práctica en que se desarrollan una multitud de actividades presumidas como menores y coprotagonizadas por actores secundarios. A pesar de que ese espacio entre espacios, puro intersticio al fin, no está previsto para que en él suceda algo estratégico, lo cierto es que podemos contemplar cómo allí surgen ciertas operaciones, ciertos procedimientos, ciertas acciones y relaciones que implican un determinado orden social sorprendentemente complejo, conformado por conductas relativamente pronosticables que resultan comprensibles o cuanto menos intuibles para quienes lo constituyen momentáneamente. Esas secuencias de acción que vemos desplegarse en la vida social en las aceras son –aunque no lo parezcan– fenómenos integrados y reconoci-



bles, sociabilidades minimalistas inicialmente anodinas, pero que pueden experimentar desarrollos inéditos y determinantes.

Rotas o debilitadas las amarras que atan a cada cual *en y con su lugar*, sin el amparo de techos y paredes, la relación pública se descubre ahí afuera como lo que es: una posibilidad espacial realizada. El exterior de la vivienda es entonces un espacio potencial que existe en tanto que diferentes seres humanos desconocidos entre sí se abandonan en él y a él a la escenificación de su voluntad de establecer una relación que suele ser mínima, pero que puede alcanzar niveles inesperados de intensidad. Fuera de la casa, en ese *por ahí* que se extiende desde su umbral hasta el infinito, las codificaciones nacen y se desvanecen constantemente en una tarea innumerable. Lo que luego queda no son sino rastros que ya no responden a nada, pecios de una sociabilidad siempre naufragada, que nace a cada instante para morir al poco y deja luego sus restos amontonándose en una vida cotidiana hecha toda ella de pieles mudadas y de huellas. En su habitáculo uno espera vivir algo parecido al calor primordial de los afectos y recibir la oportunidad de ser quién realmente cree ser. Afuera, en la calle, en los alrededores o lejos de su morada, el habitante se vuelve viandante; el residente, peatón. Como en el cuento de Kafka, aquel que renuncia a la seguridad de su hogar y cierra tras de sí su puerta, se sumerge en un universo que sólo espera de él que lo cruce y que, haciéndolo, lo genere. El señor de la casa es ahora un transeúnte, de quien sólo se sabe en realidad que ya ha salido, pero que todavía no ha llegado. Se eleva o se reduce a ser entonces otra cosa que no es nada, pero lo anticipa todo: un enigma que camina.